

Un clásico desconocido

Alexandre Kojève es una figura insólita en el panorama de la historiografía filosófica del siglo XX. Para muchos es un desconocido. Otros lo consideran un clásico. Su célebre *Introduction à la lecture de Hegel* ha sido, durante cierto tiempo, referencia obligada de todo escrito sobre Hegel; y no hubo debate sobre el marxismo o el existencialismo franceses que no haya mencionado su enseñanza filosófica. Lo mismo puede decirse, y quizás con mayor énfasis, de los grandes temas filosóficos del siglo XX: libertad y temporalidad, muerte, finitud y trascendencia, posibilidad y decisión. Kojève es una de las figuras más seductoras pero también intrigantes del siglo pasado. ¿Emérito desconocido o gran pensador? En parte la cuestión responde a la proverbial discreción del personaje y a sus particularidades biográficas: luego de haberse encontrado en el centro del momento filosófico

1. *Deus Mortalis* agradece al doctor Marco Filoni habernos enviado las fotografías de Alexandre Kojève que ilustran este dossier. También al profesor doctor Edgardo Castro la traducción de este trabajo y del siguiente. [Nota del traductor: Marco Filoni es doctor en Historia de la filosofía. Estudiante del hegelianismo francés, ha trabajado durante un largo período en el archivo de Alexandre Kojève en París. Ha sido el editor italiano de varios de sus textos: *Kandinsky* (Quodlibet, Macerata 2005; trad. cast. Abada Editores, Madrid 2007), *Introduzione al Sistema del Sapere* (Neri Pozza, Milano 2005), *L'Ateismo* (Quodlibet, Macerata 2008). Ha publicado: *Filosofia e politica. Attualità di Eric Weil* (Università degli Studi, Urbino 2000); “*Le erme nei trivi*”. *Bibliografia di Livio Sichirollo* (Quodlibet, Macerata 2006); *Il filosofo della domenica. La vita e l'opera di Alexandre Kojève* (Bollati Boringhieri, Torino 2008). Es corresponsal en Italia de *Les Lettres françaises* y escribe para el suplemento dominical de *Il Sole 24 Ore*].

y cultural de entreguerra, después de 1945 inicia, hasta su muerte, una carrera en la administración francesa. Este alejamiento de las aulas universitarias no significó, sin embargo, un alejamiento de la filosofía y del estudio. Al contrario, produjo una notable cantidad de escritos que sólo en mínima parte hizo públicos. Ello contribuyó, paradójicamente, a un extraño fenómeno. Las pocas páginas que publicaba se volvían casi una cita obligada. Piénsese, por ejemplo, en la nota que añadió, en 1962, a la segunda edición del volumen sobre Hegel: aquellas pocas líneas sobre el «*fin de l'histoire*» desencadenaron un debate que todavía hoy no está completamente agotado (por desgracia, penosamente banalizado en tiempos recientes y usado como legitimación de las vulgaridades posmodernas).

Sin mencionar las numerosas «leyendas» vinculadas a su nombre y alimentadas por el mismo Kojève, que sentía una natural atracción por la ironía y la paradoja. Investido de la fama filosófica por el célebre seminario hegeliano en la *École Pratique des Hautes Études*, en la posguerra se convertirá en un alto funcionario del Estado francés (de aquí la alegría de las malas lenguas «filosóficas»): procedente de la rica burguesía comercial rusa (sobrino del pintor Wassily Kandinsky) o agente comunista secreto infiltrado en las cumbres del Estado, funcionario demasiado celoso, traidor de la causa intelectual, que ha cambiado la Razón por la Razón de Estado; falsificador del marxismo o anticristo que seduce a los Jesuitas.

La parábola kojéviana comienza en los años treinta, cuando se asiste, por un lado, a la recuperación del Hegel «sistemático» por parte de los varios neo-idealismos europeos y, por otro, a una interpretación existencialista y marxista de su pensamiento (Francia será, en este sentido, uno de los centros más activos gracias a dos emigrados rusos, Alexandre Koyré y Alexandre Kojève, precisamente). Alemania, donde Kojève estudió filosofía y lenguas orientales en los años veinte, será dejada atrás. Y más atrás aún quedará la madre Rusia, encrucijada cosmopolita entre Europa y Asia. Fundamental será el encuentro con su connacional Koyré, algunos años mayor, primero en Alemania y luego en París. No sólo marcará el principio de una amistad grande y duradera, sino que será también un encuentro insólito y al mismo tiempo «extraordinario». Según el testimonio de Denyse Harari, amiga de los dos filósofos:

Es bastante cómica la circunstancia en la que Kojève conoció a Koyré. Había seducido y llevado a su casa a la cuñada de Koyré [...]. La familia de Koyré y el marido de esta señora se quedaron muy tristes, afligidos. La señora Koyré, amiga íntima de la cuñada, mandó a su marido para que se encontrara con este muchacho, mucho más joven que la mujer en cuestión –tenía una decena de años más que él–, para intentar disuadirlo. Koyré, que era un hombre absolutamente exquisito, regresó exultante, sonriente y contento. Entonces la mujer le preguntó: “¿Lo viste? [...] ¿Le explicaste? [...]”. Y Koyré le respondió: “¡Ah! No, no, no... Escucha, él es mucho, mucho mejor que mi hermano. Ella tiene toda la razón”. Desde allí se remonta la amistad entre Koyré y Kojève.

De Oriente a Occidente

Aleksandr Kožévníkov (Кожевников) es el nombre de pila del filósofo (lo cambiará por Alexander Koschewnikoff durante los estudios en Alemania; luego por Alexandre Kojevnikoff una vez trasladado a París; y por fin Kojève, a partir de enero de 1937, con la naturalización francesa), que nació en Moscú el 28 de abril de 1902 del viejo calendario ruso, el 11 de mayo del calendario gregoriano occidental, en el seno de una familia perteneciente a la rica burguesía industrial y banquera. La comodidad y la pertenencia social le permitieron una educación variada y estimulante, amplia, fortalecida también por los amigos familiares de la clase culta y cosmopolita de la alta sociedad moscovita, por las tertulias en los salones del barrio Arbat, donde los Kožévníkov vivieron, en el corazón del viejo Moscú. Los estudios estuvieron divididos entre el famoso bachillerato Medvednikov de Moscú y las clases particulares predominantemente dedicadas a las lenguas (latín, alemán, francés e inglés) como preparación para los estudios universitarios en alguna prestigiosa sede europea, como era costumbre entre los jóvenes del *milieu* rico e iluminado al que perteneció. Los estudios del joven Kožévníkov marchaban particularmente bien: ya adolescente demostró una precoz inteligencia, vivaz y curiosa, respirando aquel característico clima férvido de espiritualismo y esteticismo. Aquí comenzaron los primeros contactos con los problemas religiosos y filosóficos surgidos de las interminables discusiones acerca de la literatura rusa y de la *intelligencija*. Discusiones en las que Alexandre participó, haciendo así las primeras experiencias en esas conversaciones argumentativas en las que habría de resultar, en el futuro, particularmente brillante (tanto es así que familiarmente será llamado «Gogol»).

Entre 1919 y 1920 el joven filósofo madura la decisión de dejar Rusia. En este período las condiciones de la vida social y material, luego de los acontecimientos revolucionarios, se habían vuelto cada vez más duras. La comodidad y el bienestar habían dejado su lugar, para los Kožévníkov, a las dificultades para procurarse el sustento material. Dificultades que inducirán al joven Alexandre a frecuentar el mercado negro y dedicarse al tráfico de jabones. Pero es descubierto y detenido por la policía política bolchevique. Encarcelado, Kojève, como muchos otros jóvenes coetáneos suyos, corre el riesgo de ser fusilado. Sólo gracias a los conocimientos y las relaciones familiares con la vieja clase burguesa de pertenencia, es liberado el día después de su detención. Pero la experiencia en prisión parece haber sido reveladora. Según lo que él mismo contará en los años siguientes, saldrá de allí seducido por las ideas revolucionarias. La decisión definitiva de dejar Rusia probablemente la toma en el momento en que, a causa de la nueva política universitaria llevada a la práctica por los bolcheviques, se le niega la posibilidad

de continuar su formación en la universidad de Moscú. Habiendo terminado los estudios en el bachillerato Medvednikov, en 1919, puesto que los bachilleratos moscovitas todavía se encontraban cerrados como consecuencia de los acontecimientos revolucionarios, Kojève sostendrá sus exámenes en Liepāja (Libau), ciudad que se asoma sobre el Mar Báltico en la región de Curlandia, en la actual Letonia. Aquí Kojève pasa los exámenes del Liceo el 11 de junio de 1919. De regreso en Moscú, se inscribe en la facultad de filosofía y de filología. Pero rápidamente, luego de algunos meses, entra en vigencia la nueva normativa que le impide la continuación de los estudios. Éste fue el factor desencadenante que llevará a Kojève a tomar la decisión de dejar Rusia.

Así, el 19 de enero de 1920, junto al amigo de infancia Georg Witt, moscovita también él, pero de ascendencia alemana, deja Moscú en lo que será un largo y rocambolesco viaje hacia Alemania, donde Kojève planea realizar sus estudios de filosofía y Witt emprender una carrera en el campo cinematográfico. Alcanzar la meta no será fácil; sólo al final de julio, seis meses más tarde, logran pasar la frontera alemana. Inmediatamente después de haber entrado en territorio polaco, en efecto, los dos compañeros son detenidos y encarcelados, bajo la sospecha de ser espías del gobierno revolucionario comunista. La reclusión dura varias semanas y está marcada por una situación insalubre y malsana en la que Kojève contrae el tífus. Logran ser liberados gracias a las relaciones familiares de Witt y a sus ascendencias alemanas. Excarcelados, consiguen sus pasaportes junto a la autorización para atravesar Polonia y alcanzar la frontera con Alemania. Una vez llegados, se separan. Witt se queda en Berlín, donde emprende una feliz carrera de productor cinematográfico y se casa, en 1926, con la famosa actriz Lil Dagover, protagonista de la obra maestra del cine expresionista alemán *El gabinete del doctor Caligari* de Robert Wiene (1920) y, además, de las primeras películas de Fritz Lang. Kojève, por su parte, decide ir a vivir y estudiar a Heidelberg, atraído por el prestigio de la universidad y de sus docentes. Allí encuentra un entorno vivaz y cosmopolita; en la comunidad estudiantil había una fuerte presencia japonesa, hindú (en Heidelberg hizo sus estudios de filosofía el poeta y escritor pakistaní Mohammed Iqbal) y sobre todo rusa (entre otros, encontramos a Nikolaj Pirogov e Ivan Turgenev alrededor del 1860, y algunos años más tarde, en el semestre de verano de 1909/10, como estudiante en la facultad de filosofía, al poeta Osip Mandel'stam). La presencia de la comunidad rusa era favorablemente aceptada a causa de la inteligencia demostrada por algunos de sus miembros. Max Weber, «el mito de Heidelberg» como los estudiantes lo llamaban, estimaba tanto el modo de pensar de los estudiantes rusos que consideraba indispensable su participación en los seminarios que dictaba.

La formación académica de Kojève se articula entre las universidades de Heidelberg y la de Berlín. En la ciudad palaciega, el joven ruso queda inscripto,

según el registro oficial de la universidad, a partir del semestre de verano de 1922. Pero, en realidad, Kojève ya había frecuentado los cursos de la facultad de filosofía durante el verano del año anterior. En el semestre estivo de 1921 y en el siguiente, el de invierno 1921-1922, no pudiendo presentar el certificado de bachillerato legalizado y traducido, solicita y consigue la inscripción como oyente (*Gasthörer*). Sólo a partir del verano de 1922 es estudiante ordinario. Del *dossier* personal, conservado en los archivos de la universidad, es posible reconstruir todo el recorrido académico de Kojève. Después del verano de 1922 se traslada a la universidad de Berlín durante cuatro semestres, del invernal 1922-1923 al de verano de 1924. Luego se encuentra de nuevo en Heidelberg y la *Erkennungskarte*, el carné personal provisto de fotografía, certifica la inscripción durante dos semestres: el invernal de 1924-1925 y el estivo de 1925. De la *Promotion*, que Kojève obtiene en 1926, no queda ninguna huella. Más bien se tiene la impresión de ingresar en una intriga política: toda la información relativa a los exámenes de doctorado de ese período, en efecto, ha desaparecido. ¡Fue sustraída por la Gestapo, por orden de Goebbels, que no quiso que se supiera que su *Doktorvater* era judío!

La formación filosófica de Kojève entre Heidelberg y Berlín está marcada por el contacto con los ambientes filosóficos del neokantismo y, en particular, con la figura de Heinrich Rickert. Exponente principal de la escuela de Baden (también llamada sur-occidental, *südwestdeutsche Schule*, una de las dos corrientes principales del neokantismo alemán, junto a la escuela de Marburg), Rickert gozó de una discreta fama ya desde finales del siglo XIX. Kojève siguió varios de sus cursos y seminarios. Si los trabajos del polo neokantiano de Marburg, dominado por las figuras de Hermann Cohen, Paul Natorp y Ernst Cassirer, se concentraron en las cuestiones relativas a la teoría del conocimiento, en el esfuerzo por combatir todo presupuesto metafísico que pudiera estar vinculado con la idea kantiana de cosa en sí, refiriéndose siempre y solamente al puro «hecho de la ciencia», Rickert, en cambio, orientó la interpretación de la filosofía kantiana hacia la noción de *valor*, considerada como condición necesaria para la constitución de toda realidad cultural. El aporte esencial de la filosofía kantiana, según esta interpretación, consistió en la apertura de un nuevo campo entre el escepticismo psicológico y el dogmatismo metafísico, el de las cosas que no son, pero valen, que se imponen a todos los hombres independientemente de sus intereses y deseos personales. La enseñanza de Rickert era, en este sentido, extremadamente rígida: la filosofía debía presentarse como un sistema universal, y, basándose en una absoluta distinción entre filosofía y psicología, la existencia y todo lo que le concernía era, para él, un tabú relegado a la psicología. Herbert Marcuse, que siguió sus cursos en Friburgo, dirá que con Rickert había aprendido «lo que es la tiranía filosófica».

En un plano completamente diferente al de Rickert (que Ernst Troeltsch llamaba la «intolerancia sistemática»), se movía, en cambio, Karl Jaspers, la otra importante figura de referencia de Kojève, con quien defenderá su tesis dedicada al filósofo ruso Vladimir Soloviév, titulada *Die religiöse Philosophie Wladimir Solowjeffs*. Con Jaspers, el joven ruso también compartió el interés por el oriente; un interés presente en Kojève ya en su adolescencia y que, en los años universitarios, tendrá la posibilidad de profundizar. Estudia, en efecto, indología, taoísmo, confucianismo, los textos más importantes de la tradición budista, además de las lenguas orientales como el tibetano antiguo, el chino y el sánscrito, poniéndose así en contacto con los más grandes orientalistas alemanes de la época. La de Kojève es, pues, una formación decididamente amplia, labrada de manera minuciosa y con espíritu analítico. No sin su usual ironía, muchos años después, en París, dirá que todo lo que mereció la pena ser leído, lo leyó en Alemania durante estos años.

Conseguido el título de doctor en filosofía en Heidelberg, Kojève, entre la primavera y el verano de 1926, decidió trasladarse a París. Allí pudo vivir tranquilamente en el lujo. Cuando dejó Rusia, en efecto, llevó consigo parte de las joyas de la familia, las que le dieron la posibilidad de estudiar en Alemania. Y el bienestar de los años parisinos derivó de algunas inversiones hechas con el resto de las rentas de estas joyas. Kojève, en efecto, confió todos sus haberes a un amigo, probablemente ruso, quien a su vez los invirtió en las acciones de la conocida casa de quesos *La Vache qui Rit*. Una inversión sin duda favorable, que le dio a Kojève una notable prosperidad económica. Cuando la famosa crisis financiera de 1929 llegó a Europa, afectando también sus acciones, Kojève se encontró, de un día para otro, sin un peso. El mismo filósofo, varios años después, resume la historia: «Después llegué a París; no hacía nada, me instruía. Pero un tío que vendía quesos murió y quedé arruinado» (Gilles Lapouge).

En estos primeros años de vida parisina, el ruso se dedica de lleno al estudio. En este período comienza a redactar *L'Athéisme*, escrito en ruso en 1931 y sólo publicado póstumamente. Con este texto, Kojève profundiza la temática filosófica sobre la religión que estaba en el centro de su tesis sobre Soloviév y que será una constante de su pensamiento. Baste recordar, por ejemplo, la frecuentación, durante estos años, de algunos intelectuales y teólogos de la emigración rusa convencidos del papel mesiánico de su país nativo, como el filósofo Lev Karsavin, el teólogo Georgij Florovskij y Nikolaj Berdjaev; o también su lectura de Hegel, que es, en el fondo, la imagen especular atea de una interpretación teológica; o la relación con algunas figuras importantes del pensamiento católico, predominantemente jesuitas, como Henri Bouillard, Gaston Fessard o Edmond Ortigues. Kojève estuvo toda su vida «literalmente obsesionado por la idea de Dios», al punto de despojar a la teología de su carácter divino. Una obsesión que, en 1931,

tomó la forma de un estudio filosófico sobre la relación del hombre con Dios y, al mismo tiempo, finalmente, del hombre consigo mismo. Ya en la tesis sobre Solov'iëv resultó claro que, para Kojève, el cumplimiento de la metafísica implicaba la superación de la metafísica propiamente dicha o religiosa. Lo que significaba, en el fondo, encontrar un sustituto de Dios que fuese el resultado libre de la acción histórica humana, que le permitiera al hombre comprender la historia en general y la religiosa en particular sin recurrir a Dios. Éste es el punto de partida de Kojève. El ensayo sobre el ateísmo es el preludio al estudio del hombre en cuanto tal, un estudio que debe ser necesariamente sistemático. Aunque haya quedado incompleto, este trabajo es el primer bosquejo programático del sistema, del *Système du Savoir*, que también quedará incompleto, pero que será el objetivo «filosófico» de toda una vida.

En los años 1920-1930, el otro gran centro de interés de Kojève es el estudio de la física y de la epistemología científica. Se puede suponer que este cambio de perspectiva en las preocupaciones filosóficas del ruso se haya debido a Alexandre Koyré. En efecto, los dos, que se habían conocido ya en los tiempos de Berlín por el hecho vinculado a la cuñada de Koyré (con quien Kojève se casó en París el 11 de enero de 1927 y de la que se divorció pocos años después, en 1931) se reencontraron en París y comenzaron a verse con tanta frecuencia que cada uno se convirtió en el mejor amigo del otro. Koyré conocía muy bien el entorno filosófico e intelectual de la capital francesa: diez años mayor que Kojève, se había establecido en París ya desde 1911, después de los estudios en Alemania. Fue él quien dirigió a Kojève a seminarios, lecciones y conferencias entre l'École Pratique des Hautes Études y la Sorbonne. E indudablemente jugó un papel fundamental en lo que respecta al interés kojéviano hacia las conquistas científicas de principio del siglo XX. Kojève comenzó así a reunir y estudiar una gran cantidad de libros sobre ciencia, sin perder ninguna conferencia o seminario que se dictara en París sobre este tema. Si, por cierto, en su época de estudiante había adquirido un discreto conocimiento del pensamiento filosófico occidental y oriental, lo mismo no puede decirse acerca de física y matemáticas. Más bien se puede suponer que no supiera casi nada. Comenzó así a trabajar para formarse bases científicas: tomó clases particulares con un profesor ruso, y en su biblioteca empezaron a multiplicarse los libros sobre estos temas; libros que Kojève apuntó y sobre los que siempre estableció la fecha de lectura. Y es increíble la variedad de los problemas abordados: desde las matemáticas generales al cálculo diferencial absoluto, de la física a la mecánica ondulatoria. Estos son algunos de los temas que Kojève estudió con una extraordinaria voracidad intelectual y una capacidad *enciclopédica* de aprendizaje: una insaciable pretensión de conocimiento que, abrazando los más variados campos del saber humano, recuerda a los grandes espíritus del siglo XIX.

Kojève comenzó a abordar temas de física en los primeros meses del 29. A esta fecha se remonta el primer escrito sobre ciencia, redactado en lengua alemana: *Zum Problem einer diskreten «Welt»*. Pero este no fue sino un ensayo general para un importante texto de física, *L'idée du déterminisme dans la physique classique et dans la physique moderne*, redactado entre 1931 y 1932. En este trabajo, Kojève entró en el centro de uno de los temas más relevantes de la discusión científica de aquellos años. Un debate epistemológico que cuestionaba el estatuto mismo de la ciencia. Los descubrimientos sensoriales realizados en las primeras dos décadas del siglo XX habían puesto en tela de juicio algunos de los fundamentos gnoseológicos capitales de la ciencia clásica. El alcance y la poderosa irrupción de estos descubrimientos abrieron una serie infinita de nuevas problemáticas y nuevas preguntas, que parecían no poner ya ningún límite al conocimiento humano. Este debate se reanimó aún más a partir de los resultados extremadamente contraintuitivos de la física cuántica. En esta última Kojève localizó una cesura que se había creado entre la física clásica y la que él llamó «moderna», y esto justamente a partir de un problema particular: la noción de determinismo.

La física cuántica había demostrado la imposibilidad de aceptar el postulado de universalidad y verificabilidad experimental de la causalidad clásica, que hasta entonces permitía previsiones exactas cada vez más numerosas con respecto a los fenómenos reales y físicos. En este sentido, la mecánica cuántica era el carácter distintivo de la física moderna. Kojève acertaba: la cuestión que abordaba resultaría de máxima importancia en el debate epistemológico de los años por venir. Logró comprender mejor que otros en aquel período el radical cuestionamiento del determinismo mecánico absoluto de Newton y Laplace. El descubrimiento de la teoría de los *cuanta* planteó a la comunidad científica una serie de cuestiones sobre la incertidumbre, lo indecible, lo azaroso y el desorden. Para Kojève el aspecto «revolucionario» de la física cuántica consistía en haber introducido, en el corazón de la noción de *real*, una *dualidad irreducible* entre el sistema observado y el sistema observante; el que podía desdoblarse, a su vez, en dos sistemas, puesto que también éste era un sistema físico, y así al infinito a través del desdoblamiento sucesivo del sistema observado. De aquí la afirmación, evidenciada y sustentada por los descubrimientos de la física cuántica, de que la exactitud de la precisión experimental poseía un límite absoluto. Por este motivo la física moderna podía aceptar, en suma, las ideas del determinismo estadístico y el determinismo causal aproximado, pero tenía que rechazar totalmente la idea de un determinismo causal exacto.

Aceptando este presupuesto, como lo había hecho la física clásica, se afirmaba un postulado que daba por sentado la existencia de una estructura determinada del mundo real. Pero el advenimiento de la física moderna (teoría de los *cuanta*) había demostrado la inexactitud de aquella fórmula. Según Kojève, no se trataba

de hacer una crítica abstracta *a priori* de los postulados de la física clásica, sino más bien de rechazarla *d'emblée* en su conjunto, ya que el análisis mismo de la idea de la experiencia concreta así lo imponía. Y esto porque la física moderna había demostrado que la estructura del mundo era tal que, en principio, se había vuelto imposible conseguir un conocimiento completo y exacto del estado momentáneo de un fenómeno físico. La física atómica y la mecánica de los *cuanta* habían decretado la falsedad de tales presupuestos de la física clásica. Para Kojève, por lo tanto, la física moderna necesariamente conducía a una concepción *no determinista*, o incluso estadística, de lo real: había una estructura que permitía hacer previsiones estadísticas verificables. Pero ya no era posible comprender y averiguar con exactitud el comportamiento de fenómenos físicos particulares, nunca singularizables. Kojève rechazaba de hecho, como hemos visto, la existencia y el papel de una «Inteligencia» superior y omnisciente solicitada por Laplace. Se derrumbaba, por lo tanto, la exigencia de un Absoluto que tuviera una función en el mundo real, en aquello que el filósofo llamaba *realidad-objetiva* del mundo. Al contrario, la nueva física moderna implicaba un ateísmo de fondo: la física cuántica había mostrado que se debía excluir toda determinación objetivamente absoluta del mundo, en consecuencia todo determinismo causal que la física clásica había concebido como «real en sí» e independiente del sujeto *finito*.

Con todo este bagaje cultural, Kojève comienza a pensar en la eventual obtención de un título académico en Francia: en efecto, poseer un título de estudio reconocido resultaba indispensable para ocupar cualquier cargo de enseñanza o de investigación en París; un trabajo que, después de la pérdida de la renta económica, se había vuelto urgente para Kojève. Así intentó conseguir el doctorado presentando su tesis sobre el determinismo físico a Abel Rey, filósofo de la ciencia y profesor de la Sorbonne. Pero el texto fue rechazado (Rey sostenía la opinión contraria, esto es, la de un determinismo absoluto todavía válido), y es sólo en este momento que Kojève reexamina la idea de utilizar la disertación sobre Solov'ëv para obtener un diploma en la Sección de Ciencias Religiosas de la École Pratique des Hautes Études, donde obviamente un trabajo sobre la física no habría sido aceptado. Kojève además pudo contar con el apoyo de Koyré, que desde 1930 había sido nombrado *directeur d'études* precisamente en la quinta Sección de Ciencias Religiosas. Koyré conocía bien la disertación del amigo: en una serie de cartas en ruso le dio consejos y sugerencias para que el texto pudiera ser aceptado (en particular le aconsejaba abreviarlo, condensando las partes similares y repetitivas; lo exhortaba a una mayor claridad filológica respecto a las citas de las diversas fuentes; sugería omitir la parte relativa a la comparación con Schelling). Entre enero y mayo de 1932, Kojève por lo tanto tradujo al francés y reelaboró, aunque de manera bastante superficial, su trabajo: es así que en los meses

siguientes pudo presentar *La philosophie religieuse de Vladimir Soloviev* en la École Pratique des Hautes Études. Y fue justamente Koyré quien le escribió, el 21 enero de 1933, que el consejo de la École había decidido concederle el título de *élève diplômé*, reservando sin embargo la cuestión de la publicación de la *mémoire* a la biblioteca de la escuela, ya que todos los miembros fueron de la opinión unánime de que la tesis era demasiado larga y que, por lo tanto, podía ser sensiblemente reducida.

Con el título en mano, Kojève preparó su publicación siguiendo los consejos de Koyré. En efecto, entre la versión alemana de la disertación discutida con Jaspers y la francesa presentada para el diploma en la École Pratique des Hautes Études no existían sustanciales diferencias, sólo mejoras estilísticas, una diferente subdivisión y pasajes recortados. En cambio, en el transcurso de 1933 Kojève reelaboró completamente su tesis, redactando un escrito más ágil, menos académico y redundante que las dos versiones anteriores. La nueva elaboración fue publicada en dos partes en los dos años siguientes, con el título *La métaphysique religieuse de Vladimir Soloviev*.

El juego de la seducción

En el curso de los años treinta se sientan las bases para que el emigrado ruso, que se hizo llamar en aquel tiempo Alexandre Kojevnikoff, se convierta en el Alexandre Kojève que será uno de los puntos de referencia de la filosofía francesa de la posguerra. Son los años de las lecciones hegelianas, por cierto; pero también de un importante trabajo para *Recherches philosophiques*; revista que, publicada en seis números distribuidos el mes de abril de cada año y fechados del 1931-1932 al 1936-1937, fue un extraordinario espejo de la filosofía de aquel período que permite comprender y medir la penetración del pensamiento contemporáneo alemán en Francia. La importación de la filosofía alemana entre el fin de los años veinte y los años treinta será, en efecto, la mayor innovación del siglo para la filosofía francesa, y señalará una renovación que, como una suerte de programa teórico, romperá los presupuestos de la cultura filosófica dominante de comienzos de siglo. Bajo una etiqueta nacional prestigiosa, la de la filosofía alemana –a la cual se comenzaron a asociar los nombres de Dilthey, Heidegger, Hegel, Husserl, Jaspers, Scheler, Kierkegaard, Nietzsche– el espacio filosófico nativo comenzó a registrar cambios significativos, sobre todo en el ámbito de la filosofía «universitaria» y de su racionalismo. Esta renovación fue llevada a cabo por una serie de «mediadores» extranjeros, que estaban ligados a Alemania por su nacionalidad, por la lengua o por haber estudiado allí (Ber-

nard Groethuysen, Alexandre Koyré, Georges Gurvitch, Aron Gurwisch, Kojève, Eric Weil, Emmanuel Levinas). Fuera de las instituciones académicas oficiales –Sorbonne, École Normale Supérieure– y más bien ligados a otros centros de investigación –École Pratique des Hautes Études, Collège de France, Centre de Synthèse– con posiciones periféricas (a menudo encargados de cursos y de seminarios, o también bibliotecarios), contribuyeron a dar a conocer autores alemanes a aquellos «mediadores» franceses que hicieron propia la lección y llevaron a cabo la renovación (Jean Wahl, Henry Corbin, Vladimir Jankélévitch, Raymond Aron, Jean-Paul Sartre, Maurice de Gandillac, Jean Bufret, Jean Hyppolite, Maurice Merleau-Ponty, Paul Ricœur). Alexandre Koyré fue uno de los artífices principales de este fenómeno: estuvo en el centro de múltiples círculos académicos. La revista *Recherches philosophiques* se convirtió así en el lugar elegido por excelencia para la difusión de lo que entonces se conoció como «nuevas corrientes».

También Kojève ocupó un papel importante en este fenómeno, colaborando activamente con la revista en la cual aparecieron muchas de sus reseñas, en particular de temas epistemológicos y fenomenológicos; y cabe recordar que la categoría «fenomenología» comprendía en la revista no solamente la fenomenología específica de Husserl, sino también, y sobre todo, los desarrollos que ésta había asumido en el pensamiento de Heidegger. Junto a Koyré, Kojève se ocupó en particular de esta sección, tanto que llegó a convertirse en uno de los «importadores» de la fenomenología en Francia. Un papel que bien le convenía; en efecto, el trabajo de escribir reseñas fue recompensado y la situación económica de Kojève comenzó a mejorar lentamente. Pero en aquellos años, para enfrentar las exigencias materiales Kojève puso en marcha también un negocio propio (tendencia que despuntó en su ánimo ya desde los años de la adolescencia moscovita): a menudo iba a Alemania a adquirir cámaras de foto de la marca *Leica* –en ese entonces, como hoy, entre las mejores y más requeridas– que compraba a un buen precio para luego revenderlas en París a un precio mucho mayor. Fue, en aquellos años, un verdadero «importador»... pero no sólo de ideas.

La amistad con Koyré estaba ya consolidada y alimentada de consideración y respeto. Tanto que cuando Koyré, gran historiador de la ciencia y original intérprete de Hegel, debió dejar el seminario que dirigía en la École Pratique des Hautes Études debido a compromisos en El Cairo, le propuso justamente a Kojève que lo reemplazara. El resto es historia conocida: la ausencia de Koyré se prolongó hasta 1939, tal como el seminario kojéviano en Hautes Études. Y lo que tuvo lugar en el transcurso de estos años, cada lunes por la tarde en una pequeña aula del prestigioso instituto, no fue solamente, como indicaban los programas, un comentario de la *Fenomenología del Espíritu* hegeliana. En las manos de Kojève,

Hegel era deformado: sus lecciones instituían una suerte de *juego de la seducción* magistral por su inteligencia, agudeza y parcialidad. Al ruso no le interesaba demasiado la obra originaria. Más bien llevaba a cabo una desconcertante lectura basada en los conceptos de «deseo» y «reconocimiento» (Lacan, pero no sólo él, deberá mucho a estas intuiciones), de «trabajo» (Marx constituía su trasfondo), de «muerte» (y la referencia aquí era a Heidegger), sin olvidar el núcleo candente constituido por la dialéctica de las dos figuras del «Amo» y el «Esclavo». Religión, finitud, trascendencia, el dolor de la laceración entre lo mundano y lo absoluto: *el siglo XX en Hegel*: en esto se convertía la *Fenomenología* bajo la óptica kojéviana.

Esta *nueva mirada* le permitió a Kojève entrar, sin proponérselo, casi de manera distraída, en el mito de la cultura parisina. Intentemos imaginar la escena: un joven emigrado ruso de apenas 31 años se encuentra casi por casualidad en el centro de un extraordinario debate filosófico. No se trata de hablar a un grupo de estudiantes normales, ya que entre ellos se encuentran Jacques Lacan, Georges Bataille, Maurice Merleau-Ponty, Raymond Queneau, Gaston Fessard, Eric Weil, Aron Gurvitch, Roger Caillois, Jean Hyppolite, Raymond Aron, Robert Marjolin y a veces André Breton. En suma, lo mejor de la cultura francesa de la posguerra se deja subyugar por este ruso exiliado que les impone *su* imagen del sistema hegeliano; una imagen que, en realidad, implica un terreno conceptual que disloca el sistema idealista y dialéctico en favor de la existencia y de la historia. He aquí el juego de la seducción: Kojève no se limitaba a recitar sus lecciones, sino que su palabra se convertía en «un arma cortante», capaz de atraer la atención del auditorio hasta conmoverlo y exasperarlo. Una *parterre* para nada fácil: Kojève «hechizaba a un público de super-intelectuales proclives a la duda y a la crítica», escribió Aron, quien sufrió su fascinación tanto como para considerarlo un «espíritu superior» con el cual no osaba medirse (*Mémoires*, 94).

El poder evocador de las lecciones de Kojève es una constante en los recuerdos de quienes asistieron a ellas. Georges Bataille ha confirmado en varias ocasiones el impacto que tuvieron en él: «Explicación genial a la altura del libro [*la Fenomenología*]: cuántas veces Queneau y yo hemos salido de aquella sala petrificados, sofocados. En la misma época, por diferentes lecturas, me instruía sobre los avances de la ciencia. Pero el curso de Kojève me dejaba agotado, destruido, diez veces muerto: sofocado y aterrorizado» (*Œuvres complètes*, VI, 416). Y muchos años más tarde –estamos en 1954– Bataille redacta el texto *Hegel, la mort et le sacrifice* presentándolo fundamentalmente en una nota como el «extracto de un estudio sobre el pensamiento hegeliano de Alexandre Kojève». Y continúa:

Este pensamiento quiere ser, en la medida de lo posible, el pensamiento de Hegel tal como podría estar contenido y ser desarrollado por un espíritu actual, sabiendo aquello que Hegel no pudo saber; conociendo, por ejemplo, los acontecimientos ocurridos después del 1917 y, al mismo tiempo, la filo-

sofía de Heidegger. La originalidad y el coraje de Alexandre Kojève radica en haber captado la imposibilidad de ir más allá y, por consiguiente, la necesidad de renunciar a hacer una filosofía original; la necesidad, por lo tanto, de un recommienzo interminable, que es la admisión de la vanidad del pensamiento (*Œuvres complètes*, XII, 326).

Justamente debido a la fascinación que Kojève supo ejercer sobre su ilustre auditorio, es posible afirmar que para comprender adecuadamente los desarrollos filosóficos (y no solamente los franceses) del último medio siglo, es ineludible prestar atención al papel, absolutamente decisivo, que él ha tenido. Y no sólo en quienes asistieron a aquellas lecciones, sino también para la generación filosófica siguiente. «*Les pères ont mangé les raisins verts, les fils ont les dents gâtées*», reza un viejo adagio del campo francés. En efecto, tal como recuerda Vincent Descombes, pueden identificarse dos generaciones de estudiosos en el pensamiento filosófico francés entre los años treinta y setenta. Aun cuando no se indique claramente que Kojève es el *trait d'union* de las dos, su figura es sin lugar a dudas el punto de partida y, por lo tanto, el centro de lo que va a seguir. Por un lado está la generación de las «3 H», como se decía en 1945; por el otro, tenemos la generación de los «3 maestros de la sospecha», como se decía en 1960. Las tres H son Hegel, Husserl y Heidegger; los tres maestros de la sospecha son Marx, Nietzsche y Freud (Descombes, *Le même et l'Autre*). Hegel es el punto de partida y al mismo tiempo la figura clave para comprender el paso entre las dos generaciones. Pero *cierto* Hegel, aquel Hegel descubierto por Kojève en su seminario parisino en el que todos los protagonistas de la primera generación participaron. Un Hegel leído y explicado contextualmente a partir del joven Marx –hay aquí que subrayar el interés por el marxismo, que se convirtió en aquellos años, después de la revolución rusa, en un componente importante del clima intelectual europeo– junto a Husserl y Heidegger.

Hasta aquel momento Francia había permanecido ajena a la *Hegel-Renaissance* de las primeras décadas del siglo. Tanto es así que, compilando un *Reporte sobre el estado de los estudios hegelianos en Francia* para el primer congreso hegeliano sostenido en La Haya en abril de 1930, Alexandre Koyré se disculpó por no tener mucho para decir, ya que, a diferencia de otros países, no existía en Francia una escuela hegeliana. Juicio, éste, destinado a cambiar rápidamente. Los diez años siguientes modificaron notablemente las cosas: el punto de vista hegeliano se volvió, como Kojève escribe, «lo único directamente accesible a un hombre moderno, ya que este hombre (a menos que no sea un gran filósofo) no puede ser sino “hegeliano” (aunque no lo sepa)» (*Les romans de la sagesse*, p. 389).

El «punto de vista hegeliano» era Kojève. Su lección *sobre* Hegel se identificaba con la lección *de* Hegel. Por lo tanto, no eran sólo sus oyentes quienes recibían su interpretación, sino también la generación siguiente que había partido de *aquel* Hegel para superarlo, para romper la tradición. Era la atmósfera cul-

tural que respiraba, muchas veces inconscientemente, lo que Deleuze llamará el *air du temps* que había comenzado a soplar con Kojève. En 1930 Hegel era el filósofo romántico, el idealista que se había adueñado del sistema kantiano liberado de sus incoherencias. En 1945 Hegel era el representante de la filosofía clásica y a la vez el origen de todo lo que hay de nuevo y de moderno en la filosofía. El mismo existencialismo francés, con Sartre, su más alto y blasonado representante, debía mucho a este «aire». Sartre, como por lo demás Camus, se había inspirado efectivamente en Husserl y en Heidegger, pero su existencialismo estaba más determinado aún por Hegel, como una crisis interna al hegelianismo. Como a menudo se decía, el existencialismo no era sino el «*desengaño de un hegeliano*».

Y volvemos a encontrar la misma temática décadas más tarde en quienes fueron los «detractores» de Hegel, es decir los que han dado vida al estructuralismo, a la «diferencia ontológica» heideggeriana, a todo aquello que se ha designado con el nombre de post-moderno. Todas estas nuevas corrientes se definían, según Gilles Deleuze, a partir de un anti-hegelianismo generalizado. También para Michel Foucault –como observaba en la lección inaugural del Collège de France de 1970– toda nuestra época, en su pensamiento filosófico, no era sino un intento para huir de Hegel. Las raíces de esta atmósfera que, partiendo de Hegel en clave negativa, había acompañado a filósofos e intelectuales franceses en la segunda mitad del siglo pasado, han sido descritas por Jacques Derrida: «El humanismo o el antropologismo era en esta época [en la segunda posguerra] una suerte de terreno común de los existencialismos, cristianos o ateos, de la filosofía de los valores, espiritualista o no, de los personalismos, de derecha o de izquierda, del marxismo de estilo clásico. Y si nos referimos al terreno de las ideologías políticas, la antropología era el lugar de encuentro, inobservado e incontestado, del marxismo, del discurso socialdemócrata y demócrata-cristiano. Este acuerdo profundo se apoyaba, en su expresión filosófica, en las lecturas antropológicas de Hegel (interés por la *Fenomenología del espíritu*) en la lectura que hace Kojève de ella; en Marx (predilección por los *Manuscritos del '44*); en Husserl (del cual se da relevancia al trabajo descriptivo y regional pero se descuidan las cuestiones trascendentales); en Heidegger, de quien se conoce o se acoge sólo un proyecto de antropología filosófica o de analítica existencial» (*Marges de la philosophie*, p. 162). Hallamos en este cuadro todos los intereses que Kojève supo hacer convivir en sus lecciones hegelianas y que, sobre un horizonte histórico y genealógico, lo convierten en un inevitable punto de partida de lo que llamamos filosofía francesa contemporánea.

Flaubert en la política internacional

Kojève ha sido, pues, para decirlo con Aron, un «espíritu superior» que poseía y, habría que decir, «jugaba» con su cultura enciclopédica. Amaba repetir una *boutade* (según él, lo mejor que la inteligencia humana podía ofrecer en cuanto a sabiduría): «*La vida humana es una comedia. Es necesario representarla seriamente*». La predisposición a la ironía es un rasgo importante para comprender a este personaje. Las dimensiones del juego y la parodia son indispensables para delinear la figura del hombre-Kojève. Las utilizaba también en el ámbito que podríamos llamar *intelectual*, por medio del continuo recurso a la provocación y a la paradoja. En suma, una suerte de *Mefistófeles* que, con la vocación de *épater le bourgeois*, lucía una máscara entre lo pintoresco y lo sofisticado, con la que afrontaba la actividad del pensamiento. Un personaje de novela, como lo han descrito muchos que lo han conocido y frecuentado. Y Kojève fue de veras un personaje de novela. Entre otras cosas, salido de la feliz pluma de Raymond Queneau, otro *alumno* del seminario hegeliano, luego editor y amigo de Kojève. La novela *Loin de Rueil* (1944), contenía la referencia al lugar donde Kojève fue movilizado hacia fines del 1939, la ciudad de Rueil, precisamente: lejos de Rueil no significaría sino lejos de Kojève. Que junto a las otras dos novelas *Pierrot mon ami* (1942) y *Le dimanche de la vie* (1952), formaban las que el mismo Kojève ha reconocido como *las novelas de la sabiduría*. En concreto, los personajes extravagantes de Queneau –Pierrot «nuestro amigo», el Poeta de Rueil, el soldado Brû– no eran sino la representación literaria del Sabio (hegelo-kojéviano) y de sus metamorfosis. Y más allá del aspecto jovial y extravagante de las tres novelas, ellas relataban, para decirlo con Dostoevskij, el *subsuelo* de la «Sabiduría», tal como la explica Kojève en sus lecciones hegelianas. Y, por lo demás, el sello hegeliano de las novelas era ya evidente en el título de una de las tres, *El domingo de la vida*, que llevaba como exergo las palabras extraídas de la estética de Hegel: «[...] es el domingo de la vida que todo iguala y que aleja todo lo que es malo; personas que son tan cordiales y de buen humor no pueden ser completamente malas o viles».

Lo que ha contribuido principalmente a ligar la imagen de Kojève a un halo de misterio y fascinación es, indudablemente, su elección de incorporarse a la administración francesa en la posguerra. En esta elección profesional muchos intérpretes han querido leer, quizás fabulando un poco, una etapa necesaria de su recorrido intelectual. Habiendo llegado el final de la evolución histórica del hombre, elige salir de la filosofía para entrar en el espacio jovial de la quietud post-histórica, identificando así la posibilidad de presidir la clausura de la historia concebida no ya filosóficamente sino traducida en acto administrativo. La explicación es, sin embargo, mucho más simple. Kojève se encontró en el año 1945 sin trabajo y sin

dinero. Advirtió la tendencia típica del intelectual de la posguerra a la reconstrucción material y moral, un empujón a la práctica y a la acción. Pero lo que le urgía en lo inmediato era un sustento económico.

Y la primera cosa que se le ocurrió fue encontrarse con un *alumno* suyo de los tiempos del seminario hegeliano, que mientras tanto había sido nombrado Director de las relaciones económicas extranjeras en el Ministerio de Economía. Se trataba de Robert Marjolin; un nombre, junto al de Jean Monnet, que vuelve a la memoria como el de una institución en el campo de la planificación francesa y en la construcción de Europa, cuando ésta era todavía una aventura. Marjolin provenía de las ciencias políticas, habiéndose formado con maestros como Georges Bourgin, Célestin Bouglé y Elie Halévy. En este entorno encontró a Raymond Aron, a mitad de los años treinta, y por medio de él a Eric Weil, que le dio lecciones de alemán durante unos años. Así fue que conoció a Kojève, en otoño de 1938, en un restaurante del barrio latino. Inútil decir que se sintió fascinado por él, tanto que comenzó a frecuentar su seminario. Cuando en 1945 se encontró con Kojève, quien le preguntó si existía alguna posibilidad de entrar en la administración, Marjolin no lo podía creer. Le vinieron en mente sus lecciones, su inteligencia y vasta cultura, además del conocimiento perfecto de la mayor parte de las lenguas europeas. Inmediatamente le dio un cargo de intérprete en el organismo que presidía, la DREE (Direction des Relations Économiques Extérieures), donde Kojève no tardó en hacer valer su mente afilada. Rápidamente se convirtió en un importante funcionario, pero con un rol fuera de toda la jerarquía de la administración.

Debido a su brillante forma de argumentar, típica de un buen dialéctico, jugó un papel fundamental en la definición de las tácticas que debían adoptarse en las negociaciones internacionales. Se ocupaba del modo de presentar las argumentaciones francesas y de cómo hacerlas valer. Trabajo en el que se destacó, como el mismo Marjolin recuerda:

Cada ser humano tiene muchas facetas. A veces muestra una, a veces otra, según el interlocutor o la situación. Kojève tenía más facetas que cualquier otra persona que he conocido. Podía ser un perfecto funcionario francés durante la mañana y tarde, y luego en su casa, crear una obra inmensa, de la cual se me dice que juega un gran papel en la discusión filosófica contemporánea. De una gran libertad de pensamiento, paradójico, a veces cínico en las discusiones que mantenía en el círculo de amigos que lo rodeaban, se perfiló, en el curso de las reuniones internacionales en las que participó, como el defensor encarnizado de las posiciones del gobierno francés. En aquel tiempo no supe quién era realmente. A veces decía ser la conciencia de Stalin, pero siempre he tomado esta frase como parte de aquel juego en el que se complacía (*Le travail d'une vie*, pp. 57-58).

Quién era realmente Kojève, Marjolin lo descubrió pronto, tanto que le dio otro cargo aún más fundamental y totalmente independiente de la jerarquía: fue nombrado consejero secreto de la DREE. De aquí el rol de *eminencia gris* de la política

comercial internacional, rol que también desempeñó junto al sucesor de Marjolin, es decir Bernard Clappier, quien había sido hasta aquel momento director de gabinete de Robert Schuman, otro gran artífice de Europa. Annie Moussa, colega y amiga de Kojève, delegada en aquel período en la OECE (Organisation Européenne de Coopération Économique, que a partir de 1960 tomará el nombre de OCDE), resumió con precisión las funciones de aquél:

La opinión del “profesor” –como a Bernard Clappier le gustaba llamarlo– no era requerida en todas las ocasiones y menos aún en las numerosas cuestiones técnicas. Pero cuando se trataba de definir las grandes orientaciones de nuestra política económica y sus implicaciones en materia de comercio exterior, por ejemplo en lo que concernía a las relaciones entre el Mercado Común y los otros países europeos, se solicitaban las reflexiones teóricas y las propuestas de acción del “profesor”. Éstas generalmente tenían la forma de notas manuscritas –a menudo redactadas durante el fin de semana anterior– dirigidas a Bernard Clappier, quien las rechazaba, corregía, o se dejaba convencer. Comenzaba luego una nueva fase, que consistía en “vender” las propuestas del DREE a las otras partes implicadas de la administración. En particular a los colegas del Ministerio de los Asuntos Exteriores que debían defender estas posiciones delante de los órganos competentes de la OCDE. En este punto, sus lazos privilegiados y amistosos con Olivier Wormser, que fue a partir del 1954 director de asuntos económicos y financieros de Quai d’Orsay, desempeñaron un papel determinante, permitiendo en los hechos un diálogo casi permanente entre Bernard Clappier, Olivier Wormser y Alexandre Kojève. Del punto de vista del interés general, esta situación tuvo como consecuencia que, en todos aquellos años, las posiciones defendidas por los diferentes servicios franceses se dirigieran, en muchos casos sino en todos, en una misma dirección (*Entretien*, en Auffret, p. 296).

En poco tiempo, Kojève se volvió uno de los artífices de la política económica y comercial francesa, capaz de una fuerte influencia sobre las esferas institucionales más altas. De aquí la analogía con las figuras platónicas del Sabio y el Tirano: la figura de Kojève reproduciría la del Sabio consejero secreto del Príncipe. A estos temas Kojève dedicó una profunda reflexión filosófica, surgida de un prolongado diálogo con Leo Strauss. Pero más allá de los aspectos *filosóficos* que se podrían adjudicar a la actividad de Kojève, vale quizás la pena aclarar mejor cuál fue el papel de consejero secreto que interpretó. Y nadie mejor que quien ha recibido esos consejos para ayudarnos. Tal es el caso de Bernard Clappier:

A partir de 1954, época en la que Olivier Wormser fue nombrado director de asuntos económicos en Quai d’Orsay, nosotros –Olivier Wormser, Alexandre Kojève y yo– formamos un trío que fue entonces célebre en toda la administración francesa, ya que influíamos –si así puedo decir– en todas las negociaciones económicas internacionales. Este trío duró hasta 1963 o 64, cuando yo fui el primero en abandonarlo para convertirme en vice-gobernador del Banco de Francia. [...] Nosotros, Kojève y yo, funcionábamos de la siguiente manera. Yo llevaba las riendas –digamos– en las negociaciones, y Kojève estaba a mi lado y me pasaba notas en pequeños trozos de papel en los que me aconsejaba los argumentos a utilizar. Argumentos que eran a veces un poco provocadores. Provocaban... Era el terror de las otras delegaciones, precisamente porque su imaginación era muy fecunda y no tenía reparo alguno en expresar todo tipo de argumentación difícil de refutar. Cuando se veía llegar a Kojève en la delegación francesa, cundía el pánico en las otras delegaciones, sobre todo cuando venía solo. Ésa fue la apoteosis de

su carrera administrativa y al mismo tiempo la apoteosis de su dialéctica, ya que en aquel entonces dominaba completamente su juego. Era realmente una inteligencia excepcional (Bernard Clappier).

También el tercer componente del mítico trío, Olivier Wormser, quiso recordar al amigo y a su genial aptitud para el trabajo:

No hacía falta poseer un gran olfato para reconocer en Kojève –el Profesor, como lo llamarían luego funcionarios, amigos y admiradores– a un espíritu superior. Nosotros trabajamos juntos durante casi dieciocho años hasta que dejé Quai d’Orsay para ser embajador en la Unión Soviética. [...] En los temas que interesaban a Kojève, es decir el aspecto económico y financiero de las relaciones internacionales, era suficiente que tres altos funcionarios (dos del Ministerio de Hacienda y uno de Quai d’Orsay), que Kojève llamó “barones”, estuvieran de acuerdo sobre una cuestión, una posición a tomar, una solución para encomendar o para hacer prevalecer, para que quedara definida la política francesa. Alexandre Kojève ejercía sus funciones de consejero secreto de uno de estos altos funcionarios y las notas que redactaba eran tan brillantes y a la vez tan profundas, que necesariamente llamaron la atención de los otros dos. De aquí la influencia de Kojève. Bajo la V República, si los objetivos eran definidos por el Elíseo, los medios para alcanzarlos, las argumentaciones a utilizar, las maniobras a las que hacía falta recurrir fueron dejadas, desde 1958 hasta 1962, a la discreción de unos pocos altos funcionarios que recogieron sabiamente el parecer del filósofo hegeliano. [...] El día en que la verdadera historia de la diplomacia económica de los años 1946-1968 sea escrita, el papel de Kojève saldrá a la luz (*Mon ami Alexandre Kojève*, p. 120).

En una ocasión en que el «trío» fue enviado en misión a Washington para negociar un difícil objetivo que parecía casi imposible, el embajador francés en los Estados Unidos invitó a algunos funcionarios americanos a almorzar para presentarles a sus colegas franceses. A uno de los funcionarios americanos, probablemente Henry Kissinger, que amaba y conocía la literatura francesa, el embajador presentó a Wormser y a Clappier como Bouvard y Pécuchet. Y mirando dudoso a Kojève, que había quedado un paso atrás, el americano preguntó: «¿Y él quién sería?» «¿Él? Él es Flaubert....».

El filósofo del domingo

Así Kojève comienza en la posguerra una feliz carrera transcurrida entre los despachos de Quai Branly y las reuniones en las más importantes sedes de las conferencias económicas internacionales para negociar la política comercial francesa. Y también inicia su existencia desdoblada: por un lado, la carrera, llena de satisfacciones y éxitos; por el otro, la frecuentación de Parménides, Platón, Aristóteles, Proclo, Kant y Hegel. Naturalmente siguió escribiendo, y sólo él sabe dónde encontraba tiempo, ocupado como estaba en los asuntos internacionales. El «filósofo» del domingo, como amistosamente lo llamaron en aquellos años Queneau y los otros amigos. Y como el mismo Kojève confirmaba escribiéndole

a Leo Strauss: «No puedo trabajar (escribir) más que el domingo...». Pero eso no le impidió crear una vastísima obra, sin tratar nunca, sin embargo, de divulgarla. Nunca buscó alumnos, mucho menos crear una escuela, y no hizo nada para publicar sus libros. Incluso el texto de las famosas lecciones hegelianas, recogidas bajo el título *Introduction à la lecture de Hegel*, se publicó recién en 1947 gracias a la insistencia de Gaston Gallimard y al trabajo de un editor excelente como Raymond Queneau. Que Kojève no se interesó nunca en publicar sus trabajos resulta evidente por la cantidad de páginas inéditas que han sido halladas después de su muerte; y de estas páginas, muchas de las cuales dan vida a escritos acabados, sólo una parte ha sido publicada. Inclusive el texto sobre Hegel nunca fue revisado, como lo confirma el mismo Kojève:

Estoy a punto de publicar un libro, un compendio de mis cursos sobre Hegel a partir de las notas de uno de mis oyentes (Queneau) y de la transcripción de alguna conferencia, y, además, todo el texto de mi último curso sobre la sabiduría. El libro es realmente feo. No he tenido el tiempo de trabajar en él. Pero contiene algunas cosas interesantes. Sobre todo a propósito de la sabiduría, de la perfección y de la felicidad (sigo a Hegel hablando de satisfacción) (*carta a Strauss*, del 22 de junio de 1946).

Es interesante sobre este punto recurrir al testimonio de un amigo de Kojève, ya desde los años cincuenta. Se trata de Edmond Ortigues, que conoció al filósofo ruso por medio de Gaston Fessard. Junto a otro jesuita, Henri Bouillard, solían encontrarse, al menos una vez al mes, en casa de Kojève para cenar juntos y discutir filosofía y teología. Costumbre que perduró, al margen de las misiones internacionales de Kojève, por más de quince años. En uno de estos encuentros la discusión se centró en la sabiduría hegeliana. Ortigues le preguntó a Kojève cuál era para él la relación del hombre con la sabiduría. He aquí la respuesta:

Es lo mismo que la relación del hombre con Dios. Es la historia de las infelicidades de Sofía. Recuérdese que no he sido yo quien ha publicado la *Introduction à la lecture de Hegel*. La publicación estuvo a cargo de un humorista, Raymond Queneau. Este punto es muy importante para mí. Por lo demás, Queneau ha resumido la *Fenomenología del Espíritu* escribiendo *Zazie dans le métro*. Zazie había venido a París para ver el metro. Pero la única vez que viajó en él, se quedó dormido y no vio nada. He aquí la novela de la sabiduría» (*Pour l'honneur de Alexandre Kojève*, p. 17).

Entre los textos kojévianos publicados póstumamente (redactados en los años treinta y cuarenta) varios se los debemos, una vez más, a Queneau y a Gallimard. Convencidos de la gran capacidad de Kojève, después de la publicación de la *Introduction* en 1947, continuamente le insistieron que entregara sus manuscritos. Pero Kojève era reacio. Como él mismo admite en la única entrevista que concedió –pocas semanas antes de morir durante una reunión del Mercado Común europeo en Bruselas, el 4 de junio de 1968– en ocasión de la publicación del primero

de los tres volúmenes del *Essai d'une histoire raisonnée de la philosophie païenne*: «Soy un holgazán. Este libro lo escribí hace diez años. Estuve enfermo durante un año, me aburría y lo dictaba. Lo consideraba como parte de mis obras póstumas, pero Queneau y Gallimard han insistido. Escribí, hace cuatro años, un segundo volumen pero no sé si se publicará. ¿Para qué? Sí, soy un vago y me gusta jugar... en este momento, por ejemplo» (Gilles Lapouge, p. 20).

La aptitud kojèviana de robarle tiempo a los compromisos internacionales para escribir una obra inmensa y luego dejarla inédita, es insólita para un protagonista de la *République des Lettres*; protagonista a pesar de él, ya que no se sentía parte de ella. Estudiaba y escribía para sí, empujado por una necesidad interior de conocimiento y sabiduría, sin aspirar a ningún reconocimiento de su trabajo intelectual. Lo que más parecía interesarle era cómo realizar la sabiduría en la vida práctica, en su trabajo de funcionario. He aquí como Lapouge describe a Kojève, al encontrarse con él para su única y última entrevista:

Sonríe, bromea, deja escapar sonrisas sardónicas o indulgentes. Es provocador, petulante, subversivo, lleno de paradojas, grave y profundo, listo e ingenuo. Explica que su felicidad, en tanto funcionario consiste en alojarse en los grandes hoteles y dar conferencias en los grandes edificios. Al mismo tiempo que sus gafas empiezan a brillar, nos está engañando y se está escondiendo. Ya que no quiere decir la verdad, busca otra: piensa que su felicidad, como funcionario, consiste en pertenecer a aquel grupo de hombres que se encuentran en Roma, en Nueva Delhi o en Ginebra y que detentan el auténtico poder, lejos de la crónica superficial de la política.

Cuando se trata de hablar de su actividad, Kojève se expresa en estos términos:

Adoro este trabajo. Para un intelectual el resultado representa el éxito. Escribes un libro y éste tiene éxito. Fin. Aquí todo es diferente. Se logra realmente hacer cosas. Ya le conté acerca del placer que experimenté cuando mi sistema aduanero fue aceptado. Es una forma de juego superior. Uno viaja, pertenece a una élite internacional, que ha reemplazado a la aristocracia, y las personas que uno encuentra no son seguramente las últimas en llegar (Gilles Lapouge, pp. 18 y 19).

¿Qué decir del *juego superior* que practica Kojève, sin aludir una vez más al estilo del hombre y su esnobismo? El entrevistador concluye su briosa conversación con Kojève con esta consideración:

Nos hemos propuesto ser lo más leales posibles y referir al mismo tiempo lo que fascina y lo que irrita, por una parte el saber y la inteligencia extremos, por otra una cierta manía por la paradoja y una extraña vanidad; demasiado patente, por lo demás, para no funcionar como máscara. Y cómo pesa esta vanidad, si se piensa que este filósofo deja pasar veinte años antes de entregar las poderosas construcciones que forman sus obras... (Gilles Lapouge, p. 20).

Como se ha visto, el papel de Gallimard y Queneau fue fundamental para la circulación de los escritos de Kojève. Tanto es así que, conociendo el carácter y la

disposición del filósofo, Queneau lo convenció de aceptar un proyecto en la editorial de Gaston Gallimard. Según resulta de la correspondencia inédita entre Kojève y Queneau, este proyecto concernía los manuscritos kojèveanos –solamente algunos– que ya al final de 1958 Gallimard estaba dispuesto a hacer mecanografiar para la publicación. Kojève aceptó la oferta, a condición de que dichos volúmenes fueran publicados después de su muerte. Como dirá, no sin ironía, desde ese momento comenzó a trabajar para sus obras póstumas: «Parece que Gallimard (NRF) tiene la intención de hacer mecanografiar mis *obras póstumas*: a cambio de los derechos de publicar alguna parte *post mortem*. Este último aspecto me es indiferente» (carta a Strauss, del 17 de febrero de 1959). Pero la insistencia de su editor fue tal, que el pacto no fue respetado. Así Kojève acabó por publicar el primer volumen del *Essai* a pesar de que se hubiera propuesto dejarlo entre sus obras póstumas. Ya en 1961, cuando terminó esta obra que en total superó las mil páginas, le escribió a Strauss: «En mi opinión, no está absolutamente “lista para la publicación”. Pero si Queneau decididamente así lo quiere, no diré que no (¡efectivamente decir que no sería, en este caso, tomarlo en serio!)» (del 6 de abril de 1961). No fue de buen agüero. Pocas semanas después de la publicación del volumen, el 4 de junio de 1968, Kojève murió de un repentino malestar cardíaco durante una reunión en Bruselas.

Nota bibliográfica

Las obras y los escritos inéditos citados en el texto han sido hallados en el archivo de Alexandre Kojève, actualmente depositado y en curso de catalogación en el Département des Manuscrits-división occidental de la Bibliothèque Nationale de France de París.

Las noticias relativas a los estudios en el Liceo se tomaron de un *Lebenslauf* redactado en Berlín el 18 de mayo de 1924, conservado en el Universität-Archiv, Ruprecht-Karls Universität, Heidelberg – Akte: «Koschewnikoff, A» (fascículo en el que además han sido halladas las noticias sobre los estudios universitarios).

Otras noticias se encontraron en: Archives Nationales, Paris, sign. AJ 16 4996; Archives Eric Weil, Centre de Recherche Eric Weil del Université de Lille-III; «Papiers Georges Bataille», BnF-Mss, n.a.fr., nr. 15853.

Escritos de Kojève: *Die religiöse Philosophie Wladimir Solowjew's*, Heidelberg, Philos. Dissertation, 1926 [nr. inv. Ruprecht-Karls Universität Heidelberg: W 3651]; «La métaphysique religieuse de Vladimir Soloviev», *Revue de histoire et de philosophie religieuses*, XIV, 1934, n. 6, pp. 534-554 y XV, 1935, n. 1-2, pp. 110-

152; *Introduction à la lecture de Hegel. Leçons sur la Phénoménologie de l'Esprit* professées de 1933 à 1939 à l'École des Hautes Études réunies et publiées par Raymond Queneau, Paris, Gallimard, Paris 1947, 2a. ed., aumentada: 1968; «Les romans de la sagesse», *Critique*, n. 60, 1952; «Entretien avec Alexandre Kojève», de Gilles Lapouge, *La Quinzaine Littéraire*, n. 53, 1-15 juillet 1968, pp. 18-20; «The Emperor Julian and his Art of Writing», en *Ancients and Moderns. Essays on the Tradition of Political Philosophy in Honor of Leo Strauss*, ed. by J. Cropsey, New York, Basic Books, 1964, pp. 65-113; *Essai d'une histoire raisonnée de la philosophie païenne*, vol. I-III, Paris, Gallimard, 1968-1973; *Kant*, Paris, Gallimard, 1973; *Esquisse d'une phénoménologie du droit*, Paris, Gallimard, 1981; *L'idée du déterminisme dans la physique classique et dans la physique moderne*, Paris, Le Livre de Poche, 1990; *Le Concept, le Temps et le Discours*, Paris, Gallimard, 1990; «The Strauss-Kojève Correspondence», en Leo Strauss, *On Tyranny*, ed. by V. Gourevitch and M. S. Roth, New York, The Free Press, 1991, pp. 213-325, tr. fr. *De la Tyrannie*, Paris, Gallimard, 1997, pp. 251-424; «Les peintures concrètes de Kandinsky» y «Correspondance Kojève-Kandinsky», en Wassily Kandinsky, *Correspondances avec Zervos et Kojève*, Paris, Les Cahiers du Musée National d'Art Moderne (Hors-série/Archives), 1992, pp. 143-175 y pp. 177-193; *Kandinsky*, edición de M. Filoni, Abada, Madrid 2007; *L'athéisme*, tr. del ruso de Nina Ivanoff, Paris, Gallimard, 1998; *La notion d'autorité*, Paris, Gallimard, 2004.

Escritos sobre Kojève: Dominique Auffret, *Alexandre Kojève. La philosophie, l'État, la fin de l'Histoire*, Paris, Grasset, 1990; Giorgio Barberis, *Il regno della libertà. Diritto, politica e storia nel pensiero di Alexandre Kojève*, Napoli, Liguori, 2003; Raymond Barre, «Entretien», en Auffret, *Alexandre Kojève*, pp. 416-423; Georges Bataille, *Œuvres complètes*, vol. I-XII, Paris, Gallimard, 1970; Allan Bloom, «Kojève, le philosophe», *Commentaire*, n. 9, 1980, pp. 116-119; Barry Cooper, *The End of History. An essay on modern Hegelianism*, Toronto, University Press, 1984; Tom Darby, *The Feast. Meditations on Politics and Time*, Toronto, University Press, 1982; Vincent Descombes, *Le même et l'Autre. Quarante-cinq ans de philosophie française (1933-1978)*, Paris, Éditions de Minuit, 1979; Stefan Dornuf, «Die Forderung des Tages. Zu Alexandre Kojèves West-Berliner Stippvisite 1967», *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, n. 50, 2002, pp. 313-316; Bernard Hesbois, *Le Livre et la Mort. Essai sur Kojève*, Louvain, Dissertation Université Catholique, 1985; Bernard Hesbois, «Présentation», en Kojève, *Le Concept, le Temps et le Discours*, pp. 9-25; Gwendoline Jarczyk - Pierre-Jean Labarrière, *De Kojève à Hegel. 150 ans de pensée hégélienne en France*, Paris, Albin Michel, 1996; Mark Lilla, «The end of philosophy», *TLS*, april 5, 1991, pp. 3-5; Annie Moussa, «Kojève secret: la fin de l'histoire et le politique 1945-1968», Entretien,

en Auffret, *Alexandre Kojève*, pp. 293-300; Edmond Ortigues, «Pour l'honneur de Alexandre Kojève», *Le Monde*, 4 oct. 1999, p. 17; Michael S. Roth, *Knowing and History. Appropriations of Hegel in Twentieth-Century France*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1988; Roberto Salvadori, *Hegel in Francia*, Bari, De Donato, 1974; Livio Sichirollo, *Snobismo di un hegeliano*, en *I libri gli amici*, Ancona, Il lavoro editoriale, 2002; Piet Tommissen, «Kojève und Schmitt», en *Schmittiana. Beiträge zu Leben und Werke Carl Schmitts*, hrsg. v. P. Tommissen, Berlin, Duncker&Humblot, 1998, vi, pp. 94-100; Matteo Vegetti, *La fine della storia. Saggio sul pensiero di Alexandre Kojève*, Milano, Jaca Book, 1999; Matteo Vegetti, *Hegel e i confini dell'occidente*, Napoli, Bibliopolis, 2005; Olivier Wormser, «Mon ami Alexandre Kojève», *Commentaire*, n. 9, 1980, pp. 120-121.

Testimonios y otras obras citadas: Raymond Aron, *Mémoires*, Paris, Juillard, 1983; Georges Bataille, *Choix de lettres 1917-1962*, Paris, Gallimard, 1997; Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, New York, Simon&Schuster, 1987; Jacques Derrida, *Marges de la philosophie*, Paris, Éditions de Minuit, 1972; Robert Marjolin, *Le travail d'une vie. Mémoires 1911-1986*, Paris, Robert Laffont, 1986; Edmond Ortigues, *Sur la philosophie et la religion. Les entretiens de Courances*, propos recueillis par P. Le Quellec-Wolff et M. Taforeau, Rennes, Presses Universitaires, 2003; Testimonios del programa radiofónico de Jean Daive, *Une vie, une œuvre, Alexandre Kojève, la fin de l'histoire*, transmitido por France-Culture, Bibliothèque Nationale, Paris, el 11 de noviembre de 1986 (participación en estudio de Denyse Harari, Nina Kousnetzoff, Monette Martinet, Edgar Faure, Bernard Clappier, Jean-Michel Rey, François Valéry, Jean-Pierre Brunet).